



JULIO-AGOSTO 2019 - N.º 109

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL

Ministri Dei

Servidores de Dios

Avda. Andalucía, 71 - 1.º B
23005 Jaén (España)
Teléfono:
923 28 66 89
657 401 264

ministridei@hotmail.com
www.ministridei.es

Catena 3, S. L.
D. L. J-388-2009

Paso a paso

Toda persona y mucho más si es cristiano, debe tender a la santidad, porque nuestra meta en el plano espiritual es salvarnos y para salvarnos debemos procurar ser santos. Hay quienes creen que la llamada a la santidad no es para ellos, y nada más lejos. La santidad no es un privilegio de unos pocos, sino un deber de todos. La santidad tampoco es tener éxtasis o dones extraordinarios, porque si eso fuera la santidad no todos podríamos alcanzarla. La voluntad de Dios es tu santificación (1 Tes 4,3). Y esta santificación es más sencilla de lo que creemos y, es un deber de cada día, no se puede ser santos solo en determinadas épocas del año como en Cuaresma, Navidad, etc., sino que debemos serlo a cada instante, y en cada estado, es decir paso a paso, de esta forma no es tan difícil.

Si tuviéramos que caminar mil leguas sin pararnos para nada y de un tirón ¿quién podría hacerlo? Pero si caminamos un gran trecho paso a paso, es casi seguro que llegamos a la meta establecida.

Por eso, en la Biblia, que es Palabra de Dios, se insiste mucho: Sed santos, porque Yo vuestro Dios soy santo (Lev 19,2; 20,26). Si queremos pasar la eternidad en unión a Dios, a la Virgen, los Ángeles y a los santos, debemos procurar en esta vida vivir ya en santidad, que no es ni más ni menos que vencernos a cada instante en esos fallos que son tan comunes por nuestro carácter. Una irascible respuesta a algo que nos ha sentado mal, un papel que vemos en el suelo y lo echamos a una papelería, una revista que queremos ojear y lo omitimos por espíritu de mortificación y así cosas muy sencillas pero que nos ayudan a crecer a cada instante en santidad, aunque nosotros no nos demos ni cuenta.

En la Constitución *Lumen Gentium*, todo el capítulo V está dedicado a la vocación universal a la santidad. Y dice así: *Quedan invitados, y aun obligados, todos los fieles cristianos a buscar insistentemente la santidad y la perfección dentro del propio estado* (LG nº 42). Por tanto, no digas que no tienes las cualidades necesarias, eso es engañarte a ti mismo y una gran comodidad, cuando no, una irresponsabilidad. Dios siempre da su gracia para que alcancemos la santidad y perfección que El desea de nosotros. Ya se encargará el Maligno de meterte la cizaña y hacerte creer que no puede ser, o desalentarte cada vez que tengas un fallo de tus buenos propósitos (que lo tendrás). Sigue adelante intentando vencer tus fallos por muchos que sean, mejorando a cada instante porque las guerras no se ganan de una vez, sino librando batallas cada día.

FIRMAMENTO

SOBERBIA

La soberbia es un pecado capital y es el principio de todo pecado, quien la tuviere será maldito siendo por ella derribado: Así dice el Eclesiástico, porque la soberbia es un deseo desordenado de la propia estima y honor de uno mismo, e implica, por tanto, un desprecio mayúsculo al resto de la gente y la sustitución de Dios por el amor a uno mismo. Como consecuencia este pecado trae a nuestra alma otros muchos pecados graves, por eso la soberbia es el más grande de los enemigos del alma. Este pecado fue el pecado de los Ángeles que se rebelaron contra Dios y fue la soberbia lo que transformó a Lucifer de ser un querubín ungido de Dios, una creación de perfección, lleno de sabiduría y dotado de hermosura, en Satanás, el diablo, el padre de la mentira y príncipe de las tinieblas; tal es el alcance de este terrible pecado capital.



SANTO TOMÁS DE AQUINO

No podemos decir que no somos soberbios, porque todos, en mayor o menor medida, tenemos accesos de soberbia, incluidos los niños (aunque no tengan aún malicia). Es la consecuencia del pecado original con la que todos nacemos. Además son hijos de la soberbia estos otros pecados también gravísimos, como la ambición, la vanagloria, la presunción, la desobediencia, la rebelión, la herejía etc. Su virtud opuesta es la humildad, es decir el remedio, lo que cura en raíz tan gran mal. Pero es quizás la virtud más difícil de alcanzar.

La soberbia repugna profundamente a Dios porque

no solo fue el pecado de Satanás sino también el de muchos herejes. Todos los pecados le repelen pero la soberbia ante su vista es algo que le produce un grandísimo rechazo, ya que la persona soberbia se cree siempre en posesión de la verdad y su amor propio le impide dejarse aconsejar por nada ni por nadie y no ceder ante sus equivocados criterios. Muchos, muchos males por no decir casi todos, vienen de la soberbia del hombre que quiere estar por encima de Dios y anteponer sus criterios a los de Él. Se dice por revelación divina que en el Infierno no hay un solo humilde, lo que nos hace reflexionar que la soberbia es uno de los pecados que más lleva a la condenación eterna.

Aunque no lo creamos la soberbia es tal veneno para el alma que en algunos casos produce desasosiego, porque siendo soberbios nos centramos en nosotros mismos y eso no da la felicidad verdadera ni la paz de Dios a nadie. De ahí, que si a causa de la maldad de nuestros prójimos somos provocados a la ira, guardémonos mucho de proferir palabras injuriosas, porque frecuentemente la soberbia acompaña a la ira. Por tanto, es mucho más acertado y prudente que al llegar la ira y la soberbia, queden nuestros labios cerrados, para que entretanto podamos pedir ayuda a Dios, para deliberar qué y cómo debemos responder, a fin de que podamos vencernos a nosotros mismos y así la ira y la soberbia se mitiguen en nuestro corazón y sea fácil responder con prudencia a los imprudentes. No caigamos en la trampa mortal de seguir los engaños de la soberbia con una defensa exagerada de nosotros mismos ante cualquier acusación injusta que nos hagan. La soberbia acarrea la ruina y propicia toda clase de inquietud. Los defensores de su casa que tenían temor de Dios, ahora su soberbia, es la ruina de la gente sencilla.

LA SOBERBIA EN LA BIBLIA

En la Santa Biblia se mencionan unas 200 veces las palabras soberbia o sus derivados como arrogante, orgulloso, altivo, y en cada conducta o actitud detestada por Dios. La Biblia nos dice que aquéllos que son soberbios, arrogantes y tienen un corazón altivo son una abominación para Él: “Todo soberbio de corazón es una abominación al Señor”, se expresa en Proverbios 16,5. El Salmo 101,5 señala: “El que tiene una mirada arrogante y un corazón orgulloso, no lo soportaré”. Pero el 19,14 revela la razón del rechazo que siente Dios: porque la soberbia es la entraña misma del pecado: Preserva a tu siervo de la arrogancia, para que no me domine: así quedaré limpio e inocente del gran pecado (Salmo 19, 13), anuncia

que si uno se decide a ir por ese camino, puede que no sepa cómo salir: “La soberbia precede al fracaso; la arrogancia anticipa la caída.” De las siete cosas que la Biblia nos dice que Dios odia, la soberbia es la primera en la lista (Prov 6,16-19). En la historia de la Humanidad abundan los ejemplos de soberbia; incluso Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso por soberbios.

¿QUE NOS DICE SANTO TOMÁS DE AQUINO SOBRE LA SOBERBIA?

Ya sabemos que el soberbio es el que tiene un amor desordenado hacia su propio bien por encima de otros bienes superiores. El solo hecho de dudar si existen bienes superiores al propio ya es síntoma de soberbia. Es amor desordenado, porque como el soberbio no se reconoce como tal, sino que tiene una autoestima desorbitada, desea para él lo que no le es adecuado. Advierte también que la soberbia es la madre y reina de todo defecto, es decir, su origen y su fin. Otra nota que Santo Tomás de Aquino atribuye a la soberbia es que este defecto radica en la voluntad y, precisamente por considerarla una mala inclinación de esta potencia humana, añade que el soberbio no se subordina a su recto conocimiento propio, de modo que pueda percibir por él su distintiva verdad. En rigor, el fruto seguro de este defecto es la ceguera de la mente. San Juan Eudes en sus letanías al Sagrado Corazón de Jesús exclama: *de la soberbia de la vida, de la ceguera del corazón, ten piedad de nosotros.*

SOBERBIA PERSONAL

Para consigo mismo la actitud soberbia lleva al convencimiento de que sin el propio criterio y experiencia difícilmente se acierta en un tema, o se realiza algo con corrección. Manifestaciones suyas son la arrogancia y la jactancia; la primera, porque se siente pagado de sus propios éxitos por encima de su objetiva valía; la segunda, que puede ser de cualidades que no tiene o que tiene, porque es un afecto interno derivado del propio aprecio. Otra expresión suya es la contumacia en el propio parecer. Otras veces lo es la rotundidad con que afirma un criterio, incluso aunque con el paso del tiempo (y no mucho) tal juicio cambie hasta el punto de afirmar –con la misma determinación– lo mismo que antes se negaba. Algunas otras veces lo es la ambición.

SOBERBIA RESPECTO DE DIOS

Para con Dios la soberbia cierra progresivamente la apertura inherente a él en el corazón humano. Para San Agustín de Hipona, la soberbia no es más que una perversa imitación de Dios al único que se le debe la gloria y el agradecimiento por todo. En este sentido, la mayor muestra de este defecto es adscribirse a sí los bienes que se tienen. En cambio, para Santo Tomás de

Aquino, negar a Dios es mayor soberbia que pretender ser como él. La actitud humana que precede a esta situación es, sin duda, la infidelidad. Es la de rehuir la veneración debida a Dios, que puede llegar incluso a la blasfemia. Se ha indicado que la soberbia es la fuente de todo mal. Ahora cabe añadir, que el inicio de ésta es el apartarse de Dios. De ahí que una de las palabras claves del Evangelio sea precisamente: *Sin Mí no podéis hacer nada* (Jn 15,5). La labor del demonio es hacernos pensar que estar sometido a Dios es una humillación insufrible y el cumplir sus mandamientos una carga insoportable, cuando en realidad es todo lo contrario: *Porque mi yugo es excelente; y mi carga es liviana*” (Mt 11,30).



La aversión a Dios que la soberbia provoca es distinta a la que provocan los demás vicios o pecados, bien por debilidad o bien por cierta ignorancia, pues en aquéllos uno se separa de Dios, mientras que en éste el rechazo se produce por el hecho de que no se le quiere aceptar, ni a él ni sus mandatos. Es decir, los demás vicios huyen de Dios, pero la soberbia se enfrenta a él. Santo Tomás dice que este defecto es lo que más pronto aparta de Dios y es también lo que más tarda en volver a él. ¡Terrible!

ANTÍDOTOS Y MODO DE COMBATIR LA SOBERBIA

El antídoto para combatir la soberbia es la humildad. Reconocer la debilidad propia, nuestras limitaciones, nuestros fallos e incapacidades. Pero no hay que confundir esto con acusarse falsamente de que se es inútil para todo y sin remedio y que nada puede hacer para evitarlo, sino que basta con aceptar que hay muchas cosas para las que no se está preparado y para las que no se serviría. De ahí, que debamos admitir nuestros errores y hacerlo con normalidad y dar gracias a Dios por la paz que nos comunica al aceptar esta realidad. Se debe evitar aparentar ante los demás que se sabe todo y, en consecuencia, se debe aprender a decir con humildad: “no lo sé”. Pero para adquirir esta virtud de la humildad, que es la mejor forma de combatir este dañino pecado de la soberbia, me atrevo a decir que el medio más infalible es la oración, y si ésta se hace ante el

Santísimo expuesto, sus efectos son inimaginables. No se pueden contar las veces en que las personas que han confiado en la acción transformante que tiene la adoración eucarística han sido ungidos por la paz en la humildad y el gozo, en los dones ocultos que Dios regala a los que perseveran en ella cada día, sin que apenas trasciendan al exterior, aunque acaban irradiando luz por donde van. La consideración de la Encarnación del Hijo de Dios, que humilde y voluntariamente se revistió de nuestra naturaleza humana con sus limitaciones, la meditación de su vida y su Pasión, son medios excelentes para combatirla, pues meditar sobre la humildad de Cristo que despojándose de su rango (Filp 2,6-11) vino a la Tierra a adoctrinarnos y a redimirnos, viene a ser el mejor medio contra la soberbia y el camino ideal para crecer en humildad. Quizá el mayor fallo de la soberbia se encuentre en su falta absoluta de prudencia: no se detiene a considerar que se precipita en el abismo al caminar en esa dirección. El soberbio rechaza la prudencia, mientras que el humilde la tiene como su guía segura que le pone a salvo de peligros y lo establece en la quietud.



Jesucristo, el Hijo de Dios, pasó por el mundo haciendo el bien, y aunque hizo muchas obras que testificaban su condición divina, ni por eso creyeron en Él, porque la soberbia de sus contemporáneos cegaba los corazones y las mentes de muchos en ese tiempo. Y nosotros queremos ser reconocidos, admirados, amados, sin tener nada que suscite esos sentimientos, porque nos ciega tanto nuestra soberbia, que deseamos ser agasajados y amados injustamente, pues el amor propio que nos tenemos fruto de nuestra soberbia, nos ciega tanto como cegó a Lucifer, que siendo un Ángel bellissimo se convirtió en un terrible demonio. San Agustín expresaba: *Es la humildad lo que hace que los hombres sean ángeles y la soberbia lo que transforma a Ángeles en demonios*. Ya hemos dicho que el ejemplo más definido de soberbia lo personifica Satanás. Sin embargo, el servicio y la creencia en Dios sólo es posible en quien es humilde, pues reconocer que existe alguien superior a uno mismo, y que sabe mucho más, y que todo lo puede, para el soberbio es peor que un bofetón. Cuando uno deja de creer en Dios, la soberbia convierte a la persona en su propio dios y de ahí le vienen tantos errores y tantos fallos en su forma de actuar. Incluso acaba siendo ridículo por la cantidad de fantasías en las que cree cerrilmente. Porque la

prepotencia del soberbio hasta a las mismas personas de su entorno produce rechazo y hasta indignación.

Si pudiéramos ver nuestra alma envenenada por la soberbia nos escandalizaríamos, pues así, igual de bello que es un Ángel (bueno) es la fealdad del Ángel caído que por este maldito pecado lo perdió todo, su belleza y todos los privilegios que servir a Dios trae. El Ángel caído se hizo esclavo de sí mismo, y todo su empeño es perder a las almas y su sed de odio hacia Dios no se aplaca con nada, y el que no quiso servir a Dios, se sirve a sí mismo y como él no es persona divina, no se goza en sus acciones y, para disgustar a Dios mucho más que para agradarse a sí mismo, desea ardientemente perder a las almas.

Sin embargo, orar asiduamente con humildad y el reconocimiento de nuestras limitaciones y faltas es uno de los medios que más nos ayudan a vencer a este enemigo que mora en nosotros. Junto a la oración tenemos también el refugio en el Inmaculado Corazón de María Santísima, y en ese Corazón tan santo, descansaba de los pecados de la Humanidad y de la soberbia de los hombres el mismo Cristo. Ese Corazón tan manso y humilde fue en su vida terrenal, un refugio donde entraba para vivir acomodado entre las virtudes de su Santa Madre y, resarcirse de tanto pecado, traición, soberbia y prepotencia de sus contemporáneos.

Todo aquel que se ame tanto a sí mismo, tiene cierta semejanza con ese Ángel que cayó por su soberbia y por el mucho amor que a sí mismo se tenía, y de ahí, que la Virgen que se consideraba la más pequeña criatura, la más indigna, fue elegida para ser la criatura más excelsa que ha existido, ni existirá, después de Cristo, porque la humildad agrada tanto a Dios, que tiene adosada el reconocimiento del Cielo y no de las criaturas, pues todo aquel que en la Tierra se tenga en menos, ese será tenido en el Cielo en más, y todo aquel que en la Tierra se tenga por valioso, o se ame a sí mismo, será tenido en el Cielo en menos, porque tal y como nos dijo Jesucristo, *quien se humilla será ensalzado y quien se ensalza, será humillado* (Lc 18, 14).

En cuanto a la faceta de este vicio respecto de los demás, cierta medicina que la combate bien es el temor al oprobio e ignominia cuando –como en el caso de personas públicas– se conocen sus culpas y delitos. Otra, el pedir favores a otros. Y por lo que se refiere al orgullo frente a Dios, es remedio el temor a la réplica divina, pues el mal siervo, entenebrecido su corazón por la soberbia, no sabe qué hará con él su señor. Cabe indicar también como buenos tratamientos contra la soberbia los siguientes: advertir que los más sabios son personas sencillas, el estudio profundo de las cosas sobre la que debe trabajar o juzgar, e incluso después de haberlo estudiado: la modestia en el hablar y en el hacer, pues la humildad a todos atrae y es un ejemplo que a todos nos influye.

P.D.C.M.F.

Fuente: encuentra.com/valores-y-virtudes-2/la-soberbia-segun-tomas-de-aquino/